

# BOSQUEJO

DE LA FIESTA CIVICA

CON QUE

LA CAPITAL DEL ESTADO

DE MEXICO

*ha celebrado el Aniversario de la  
Independencia Nacional, el 27 de  
Setiembre de 1834.*

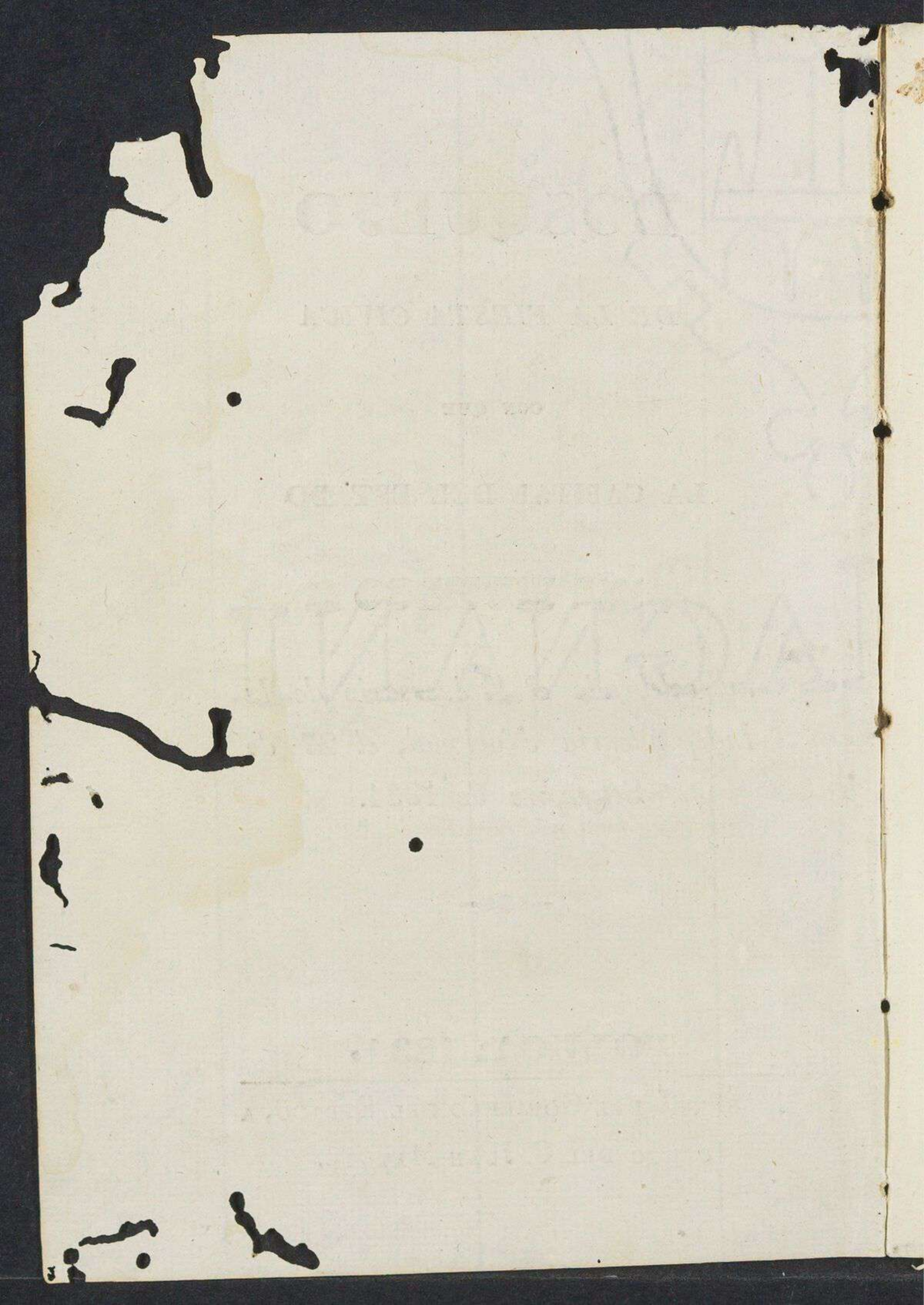


**TOLUCA: 1834.**

---

IMPRESA DEL GOBIERNO DEL ESTADO, A

CARGO DEL C. JUAN MATUTE.



3

**D**ESDE que el exmô. señor D. Manuel Diez de Bonilla tomó posesion del Gobierno del Estado en 13 del corriente, uno de sus primeros cuidados fué hacer celebrar el aniversario de la Independencia Nacional con el decoro correspondiente á la grandeza del objeto y al distinguido lugar que ocupa el Estado de México entre los Unidos-Mexicanos. Inició á la H. Legislatura la apropiacion de 400 pesos para este objeto, y convocando algunos vecinos notables, hizo constituir la Junta Patriótica, que presidida por el Sr. juez eclesiástico, Lic. D. Juan Antonio Ilzarbe, empezó luego sus trabajos con laudable actividad y zelo, afanándose por medio de sus comisiones respectivas en disponer la funcion, y reunir fondos por suscripcion voluntaria entre los vecinos y empleados.

Sus esfuerzos han tenido un resultado altamente satisfactorio, y el 27 de setiembre de 1834 ha celebrado Toluca el aniversario nacional con un esplendor desconocido en todas las festividades cívicas anteriores. El Illmô. Sr. Obispo de Sonora, invitado al efecto por S. E., llegó el 25, entre las mas

vivas demostraciones del respeto y entusiasmo público. El 27 al amanecer anunció la festividad una salva de artillería, y se adornaron las calles principales. A las diez salió de palacio el Exmô. Sr. Gobernador, acompañado por su Teniente y una respetable comitiva, compuesta de los magistrados de los Tribunales superiores, gefes de oficinas, empleados y autoridades civiles y militares, y se dirigió á la iglesia parroquial, por entre la vistosa valla que formaban el batallón activo de esta ciudad, vestido de gala, y el cívico de la Ley, quedando formado frente á palacio un escuadrón local. Cantóse un solemne Te Deum, y en seguida celebró misa pontifical el Illmô. Sr. Obispo, asistido por el Sr. Juez Eclesiástico, el R. P. Cura, y otros sacerdotes. La compañía de granaderos de Toluca y la artillería hicieron las salvas de costumbre, y el vasto templo se hallaba completamente ocupado por los fieles, que con profunda devoción, presenciaban, tras un intervalo de catorce ó quince años, las ceremonias mas pomposas y augustas de la Iglesia Católica Romana. Terminada la función religiosa, volvió la comitiva á palacio en espera de S. Illmâ.; pero hallandose este muy fatigado, no pudo concurrir al paseo, que salió por las calles principales entre el estruendo de la artillería. Abrieron la marcha cuatro batidores del escuadrón local; seguía el Ilus-

tre Ayuntamiento con los gefes de oficinas, empleados, ciudadanos distinguidos de esta ciudad y de la federacion, comandante principal y oficiales francos y magistrados superiores, cerrando la procesion el Exmô. Sr. Gobernador entre su Teniente y el Presidente del Supremo Tribunal de Justicia. Despues marchaban en magestuosa columna los batallones de Toluca y la Ley, con sus respectivas músicas, y cubria su retaguardia el escuadron local, entre un numeroso concurso, que acompañaba el paseo. Terminó este en la plaza mayor, donde se habia erigido junto á las casas consistoriales un templete, vistosamente adornado, que con varias poesias contenia dos cuadros alegóricos, y en medio la constitucion federal, á cuyos lados estaban dos sitaliales que ocuparon el Exmô. Sr. Gobernador y su Teniente.

Colocada en el templete la comitiva, y formada la tropa en la plaza, el C. José María Heredia, ministro de la Exmâ. Audiencia, pronunció un discurso análogo á la festividad, que se hallará al fin: concluido, volvió la comitiya á palacio, donde se disolvió; y en seguida marchó la hermosa columna de honor frente al balcon que ocupaba S. E.

Por la tarde, se dió al público una funcion en la plaza de toros, apesar del mal tiempo, que impidió la ascension de un globo aerostático preparado al efecto. En la

noche se colocó en el templete iluminado la música militar, y tocó varias piezas escogidas. Desgraciadamente la lluvia frustró en parte la iluminación de la ciudad, y no dejó al público disfrutar completamente los vistosos fuegos artificiales que se habían dispuesto. En el salón principal del edificio destinado al Instituto, se dió un gran baile, á que asistieron el Exmô. Sr. Gobernador y su Teniente, y una brillante concurrencia de ambos sexos, que despues de haber tomado un abundante ambigú, se disolvió á las cuatro de la mañana.

Tales han sido las demostraciones con que la capital del Estado de México ha solemnizado el aniversario de la Independencia. Plegue al cielo que su esplendor sea un dichoso presagio del restablecimiento verdadero de la paz y prosperidad del Estado y de la República!

Toluca 28 de Setiembre de 1834.

## DISCURSO

*pronunciado en la plaza mayor de Toluca  
el 27 de setiembre de 1834, en la fies-  
ta cívica para celebrar el aniversario de  
la Independencia, por el ciudadano*

**JOSÉ MARIA HEREDIA.**

*Ministro de la Audiencia del Estado.*

DISCURSO

pronunciado en la plaza mayor de Toluca  
el 27 de setiembre de 1834, en la Ses-  
ion civic para celebrar el aniversario de  
la Independencia, por el ciudadano

JOSE MARIA HERRERA

Ministro de la Audiencia del Estado



## ¡CONCIUDADANOS!

**T**RES años ha que en la última festi-  
vidad cívica os dirigí la palabra, y hoy  
se me impone el mismo honroso deber.  
En vano alegué la insuficiencia de mis fa-  
cultades, la estrechez del tiempo. Ciuda-  
danos respetables, y á su cabeza el ge-  
fe del Estado, han desoído mis excusas, y  
me ha sido forzosa la obediencia. Buscad,  
pues, las emociones sublimes del patriotis-  
mo en vuestras almas, no en los esfuerzos  
mezquinos de una voz que ya solo sabe  
deplorar los males públicos, y de una im-  
ginacion casi estinguida por crueles des-  
engaños y pesares.

Tres años han corrido, conciudadanos,  
desde la última festividad cívica, y aunque  
su celebracion sea un deber patriótico, los  
dos aniversarios siguientes pasaron sin las  
demostraciones acostumbradas. En vez  
de himnos á la Libertad ó acentos de jú-  
bilo, solo escuchábamos el ominoso estruen-  
do de las armas, los gritos del furor y el  
ódio, ó los ecos lamentables de la afliccion  
y la miseria. Entregados sucesivamen-  
te á los desastres de la guerra civil, á los

arores del despotismo ó de la anarquia, hemos arrastrado con tédio una ecsistencia inquieta y azarosa. Aun la esperanza parecía huir de nuestro suelo, y el génio de Anáhuac, fijos los ojos en el cielo y en el fúnebre porvenir, se envolvía en su luto magestuoso.

La omision que acabo de mencionar ofrece al filósofo una leccion importante. Temamos, señores, que las discordias civiles no solo impidan la celebracion ó disminuyan el brillo de las fiestas cívicas, sino entibien y acaso estingan el entusiasmo patriótico. ¡Ah! no quiera el cielo que en algun año futuro este dia de ecsultacion y gloria llegue á serlo de maldicion y lágrimas, y que los pueblos ostigados por las calamidades públicas, en vez de considerarlo aniversario sublime de la resurrección nacional, y principio de una carrera gloriosa, lo reputen el primer acto en un drama interminable de sangre, furros y miseria!

Empero hoy, gracias al cielo, se ofrece una perspectiva menos lúgubre. El guerrero que en la noble constelacion de los campeones de la Independencia brilló con lustre solo inferior al grande ITURBIDE, el que en 1822 fundó la República, en 1823 proclamó la Federacion, en 1829 consolidó en Tampico la obra de Dolores é Iguala, en 1832 derribó una usur-

pacion sanguinaria, y en 1833 salvó en Guanajuato la Constitucion, en 1834 ha restituido la paz, enfrenado una demagogia bárbara, y restablecido las garantias. Bajo sus auspicios y los de su ilustre amigo, el digno gefe del Estado, volvemos á celebrar el gran jubileo cívico de la Nacion.

Habian corrido casi tres centurias desde que un aventurero hábil y feliz sometió el opulento Anáhuac á la corona española. Los crímenes y desastres de la conquista, aun recordados en la historia, inspiran indignacion y espanto á los corazones sensibles; pero ese justo sentimiento se modera con la reflexion sóbria de que la revolucion de 1521 destruyó una espantosa idolatria, y sembró en el suelo mexicano las semillas preciosas de la civilizacion y la religion verdadera. Mas no se imagine que intento paliar los horrores de la conquista, ni los abusos del régimen tenebroso que la siguió por trescientos años. Los españoles demolieron las aras infames de Huitzilopochtli, pero las remplazaron con las hogueras impias de la inquisicion, en que sacerdotes feroces ofrecian víctimas humanas á un Dios de caridad y misericordia. A los déspotas Aztecas y á sus sátrapas salvages sucedieron procónsules ávidos y tiranos, jueces arbitrarios y estúpidos, que compraban con

insolencia inaudita la facultad infame de oprimir y saquear à los pueblos. Los conquistadores, no satisfechos con establecer un sistema de aislamiento absoluto, intentaron esclavizar aun el pensamiento con terrores supersticiosos, y hacer à la Divinidad cómplice de su tirania. Asi vimos tenderse bajo este cielo tan puro las mas profundas tinieblas de ignorancia, y nuestras minas inundaban al orbe con tesoros inagotables, trabajadas por un pueblo misero y desnudo.

Y á pesar de obstáculos tan formidables, pudo el espíritu de libertad é ilustracion destrozar aquellas cadenas, y reivindicar los derechos del hombre! Lccion terrible, que no deben olvidar los oscurantistas mezquinos de nuestra época. Las semillas imperfectas de civilizacion que trajo la conquista, germinaron lentamente, hasta que su desarrollo irresistible produjo la insurreccion de 1810, y la restauracion gloriosa de 1821. Asi los volcanes, que inundan los campos en torrentes destructores de fuego, se apagan y dejan al agricultor un suelo fecundado por las convulsiones mas terribles de la naturaleza.

El 16 de setiembre de 1810 fué destinado por la Providencia para dar principio à la resurreccion mexicana. Los inmortales HIDALGO y ALLENDE, un humilde minis-

tro del culto y un oficial subalterno, unidos á pocos patriotas, lanzaron en una poblacion oscura el grito de Independencia. Difundi6se el eco salvador, y turbas innumerables, sin armas ni disciplina, corrieron á ofrecer generosamente sus vidas en el altar de la Pátria. Los primeros gefes sucumbieron sin deshonra á la táctica superior de sus enemigos, y en el patíbulo sellaron con toda su sangre la noble causa que defendían. El ilustre MORELOS, el valiente MATAMOROS, el constante BRAVO, el caballeresco MINA, y otros mil campeones tuvieron igual melanc6lico fin, despues que ilustraron la historia nacional con hazañas maravillosas. Uniéronse el fanatismo y la tiranía contra los libertadores; y los esfuerzos generosos de los RAYONES, el jóven BRAVO, VICTORIA, TERAN, MUZQUIZ, GUERRERO, &c. no bastaron á sostener una causa ya moribunda.

Viuda la Pátria de sus mejores hijos, parecia resignarse otra vez al yugo de España victoriosa. Empero las cenizas del gran incendio revolucionario aun abrigaban la centella vivificadora del patriotismo. El grande ITURBIDE, el héroe de tierna y lastimosa memoria, erige en Iguala el estandarte pátrio, y halla en cada mexicano un soldado fiel ó un colaborador zeloso. Gallardo, amable y generoso como Alcibiades, valiente y sa-

guz como Temístocles, y redentor de su pátria, como Washigton y Bolívar, le faltó la noble moderacion del primero, para brillar entre los astros de la historia con el lustre superior que distingue á Venus ó Júpiter en el glorioso firmamento. Su doloroso fin prueba que la libertad ofendida es implacable, y que los mayores servicios, la gloria mas espléndida, jamás permiten á un héroe ciudadano atentar impunemente á la magestad de los pueblos.

En 1821 se vió el poder prodigioso del génio, cuando dirigen sus inspiraciones la humanidad, el patriotismo y la sabiduria. Siete meses bastaron á ITURBIDE para lograr con pocas desgracias la inmortal empresa que no habian podido conseguir esfuerzos heróicos, en diez años de una lucha que produjo torrentes de sangre, y estragos y desolacion inmensa. La nacion sacudió su letargo, y seguia las huellas del HÉROE, desarrollando el impulso regular, magestuoso, irresistible, con que llevan sus aguas al Oceano los rios gigantes de nuestro emisferio.

El 27 de setiembre de 1821 tremolaron los colores nacionales sobre la capital de Anáhuac, último asilo de la tiranía, y el palacio de los vireyes recibió en sus muros un gobierno verdaderamente nacional. Dia feliz, cuya recordacion se-

rá siempre dulce y consoladora entre la tormenta posterior de nuestras disensiones fratricidas! La mente se abisma al contemplar sus consecuencias incalculables bajo todos aspectos; y la imaginacion écsaltada por el sublime espectáculo, cree presenciar nueva creacion, cuando à la voz del génio y del patriotismo se entreabre el cáos de la nulidad política, y sale un mundo bello y brillante de sus tinieblas!

Entonces todo era union, júbilo y esperanza; todos los corazones rebosaban los afectos mas nobles, patrióticos y puros; y el GENÉ DE IGUALA, elevado al poder en alas de una gloria inmensa, recibia el homenaje mas bello en la admiracion universal, y vertia lágrimas deliciosas al oir por do quiera las efusiones de ardiente gratitud que le dirigian sus conciudadanos.

¿Y quien no debió entregarse en aquellos dias à las visiones mas halagüeñas de gloria? ¿Que elementos de prosperidad y grandeza! La libertad abría espaciosa puerta à los primores de las artes y à la luz de la filosofia. El gran pueblo mexicano se veia señor de un territorio vastísimo, en cuyas entrañas corren inagotables rios de plata y oro; cuya superficie fecunda goza las temperaturas y producciones de todos los climas, desde el ecuador abrasado, hasta las nie-

ves eternas del polo; y como un dique de los dos grandes oceanos, se halla entre la culta Europa y las regiones opulentas del Asia. La naturaleza benigna destinó este suelo de prodigios para ser el centro, el jardin, el emporio del universo.

Mas ¡ay! el furor insensato de los hombres ha contrariado los designios de la naturaleza. La ambicion de algunos y la ignorancia lamentable de las masas han sido las amargas fuentes que han abortado con el demonio de la guerra civil un torbellino de crímenes y desgracias. Los hermanos se han perseguido con rabia frenética, y brazos mexicanos han vertido á torrentes sangre mexicana. La inseguridad, el terror han hecho desaparecer las riquezas, y producido la miseria pública; la inmoralidad hace progresos horribles, y por todas partes resuenan gritos de dolor, ó nos aterra el silencio sombrío de la desesperacion ó la muerte.

El filósofo imparcial que examine la historia de nuestros infortunios en el flujo y reflujo periódico de los partidos que han desgarrado el seno de la Pátria, verá con lástima y asombro las contradicciones mas absurdas del entendimiento humano. Por una parte se vuelven sinónimos el orden y la tirania, se quie-



re fundar la seguridad pública y el imperio de las leyes en cobardes asesinatos, y hombres infatuados intentan revivir el espíritu de la Inquisición, sublevar la delación religiosa contra la paz de las familias, y promover la mas ridícula superstición é ignorancia. Por otro lado se asalta la propiedad, invocando los derechos del hombre; se atropellan las fórmulas tutelares, se llenan arbitrariamente los calabozos, se crea un poder absoluto, en obsequio de la libertad, y se destierran ciudadanos á centenares, en nombre de la filosofía. Proclamando la separación de las potestades civil y eclesiástica, se quiere gobernar la iglesia, y porque lo resisten sus venerables pastores, se les arroja para siempre de su país, en virtud de la tolerancia. Por último, reformadores insensatos, resueltos á refundir con solo un acto de su voluntad, los hábitos y creencias de siete millones de hombres, y arreglarlos á un modelo ideal formado en sus imaginaciones calenturientas, casi realizaron en política la fábula de aquel Procrusto, que cortaba sin piedad los hombres al tamaño de su cama de hierro.

No penseis, conciudadanos, que esta amarga censura es agena de la ocasión presente. Los padres de la independencia, al derramar por ella su sangre, nos

impusieron el deber de conservarla, y ha-  
cerla servir de base á la prosperidad y  
gloria de la nacion. ¡Y no será deber pa-  
triótico erigir un fanal sobre los escollos  
en que hemos naufragado, entregando á  
la reprobacion pública los errores y crí-  
menes que casi han hecho ilusorios los  
resultados de aquella empresa gloriosa,  
y vano el sacrificio de doscientos mil  
mártires?

Antes de concluir, séame lícito recor-  
dar los consejos saludables que proferí ha-  
seis años en otra festividad cívica. (\*) Si  
mi débil voz hubiera podido resonar en-  
tonces por el ámbito de la República, y  
en toda ella hubiese encontrado oyentes  
dóciles, cuantas calamidades se habrian  
evitado, cuan otra seria nuestra suerte!  
»Conciudadanos, jamas olvidemos que la  
justicia es la base de la libertad; que sin  
justicia no puede haber paz, y sin paz  
no puede haber confianza, ni prosperidad,  
ni ventura. Maldigamos las furias de la  
discordia y ambicion, que han precipita-  
do en una tumba sangrienta á dos liber-  
tadores de Anáhuac, y hecho vagar en  
playas extranjeras á muchos de sus bene-  
méritos hijos. Union, moralidad, y res-  
peto religioso á las leyes, ó solo habrán

---

[\*] *En Cuernavaca, en 17 de Setiem-  
bre de 1828.*

parecido tantos héroes para dejarnos un cielo amenazador, cubierto con los nublados sangrientos de la anarquía.

Temblemos á la sola imágen de la guerra civil, el mas funesto azote que puede lanzar al mundo la cólera del cielo. Abjuremos el infausto espíritu de partido, que hace callar la razon y la justicia, convierta la espada venerable de las leyes en puñal asesino, y como un veneno disolvente, ataca en su base misma la organizacion del cuerpo social.

¡Conciudadanos! esta hidra levanta sus cabezas deformes, y á toda costa es necesario sofocarla. La cadena de los resentimientos empieza en nosotros: rompamos generosamente sus eslabones, antes que su progresion rápida acabe de envolver á nuestro suelo en red indisoluble y venenosa. Sin disputar quien tiene razon, démonos el ósculo de paz, y ofrezcamos en el altar de la Pátria el sacrificio de nuestras pasiones tumultuosas. Todos somos amigos de la libertad, todos ciudadanos de la gran república. Ojalá este dia glorioso, en que celebramos el aniversario de la resurreccion nacional, sea el último de nuestra discordia!"

Los padres de la Independencia, los héroes cuya gloria conmemoramos, ¿no reclaman hoy desde las mansiones eternas alguna retribucion por su tremendo sacri-

ficio? Sí: nos mandan con acento mágestuoso que no acabemos de rasgar el lastimado seno de la Pátria, de esa madre querida, que en horfandad y viudez llora el desastrado fin de tantos hijos, la ruina de su prosperidad y su gloria. Nos advierten que perecieron por darnos pátria, no por abrir teatro ignominioso á nuestros crímenes y locuras. Manes augustos, sereis obedecidos! lo juramos por vuestra sangre generosa! La era nueva que se abre á la Nacion, borrará los infortunios de las precedentes. Los directores de la cosa pública, instruidos por una dolorosa esperiencia, no querrán detener el progreso inevitable de la civilizacion, ni imponérsela como un yugo, y tomarán por norte la justicia, la moderacion y la tolerancia. Su sabiduria nos guiará en el camino del bien, todos seguiremos sus huellas, y pondremos base firme á la dicha nacional, elevando un templo indestructible á la RECONCILIACION y á la CONCORDIA!